

## RESEÑAS

Serge GRUZINSKI y Nathan WACHTEL (coords.): *Le Nouveau Monde Mondes Nouveaux. L'expérience américaine*. París: Editions Recherche sur les Civilisations-Éditions de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1996, 747 pp. ISBN 2-86538-255-9.

“La experiencia americana constituye un jalón importante y desconocido de nuestra modernidad.” Así comienzan su introducción los coordinadores del libro, que también fueron organizadores del coloquio celebrado en 1992, del que proceden los textos publicados. El posesivo “nuestra” aplicado a modernidad, por esta vez no parece reducirse a su contenido eurocéntrico, sino que se aprecia una voluntad de comprensión del alcance que para todo el mundo occidental tuvo la enorme conmoción producida por el descubrimiento, conquista y colonización de un continente. Aunque no todos los textos secundan esta actitud, lo que los coordinadores proponen es que tan descabellado como intentar entender a América sin la presencia europea, resultaría imaginar una modernidad europea libre de la influencia americana.

Los nuevos mundos son las Américas, latina y anglosajona, y su tiempo abarca desde el descubrimiento hasta nuestros días. Tan monumental empresa requirió la contribución de especialistas y de un criterio de selección que permitiese ofrecer algo más que generalidades sobre cada tema y que los integrase en un objetivo común. No es difícil identificar a los autores como destacados expertos en sus respectivos campos. Algo más arduo

resulta encontrar el hilo conductor, el eje temático que justifique la presencia de ciertos problemas y la ausencia de otros. La diversidad, más que la unidad, está presente en los textos. Historia social, ecológica, de las mentalidades, de las ideas políticas y de las minorías, proporcionan temas que tienen numerosos puntos de contacto con los trabajos antropológicos.

Como actas de un congreso abierto a diversos temas, el libro recoge también, afortunadamente, las aportaciones de los comentaristas, quienes con frecuencia arrojan luz sobre cuestiones que no resultan suficientemente explícitas en las exposiciones de los ponentes. Sin embargo, la división por capítulos, y no por sesiones, mesas o simposios, parece que aspira a afianzar esa unidad del conjunto precariamente construida. Así, el capítulo primero, "Los nuevos mundos", se refiere a los procesos de mestizaje en las Américas hispana, portuguesa y anglosajona.

Cholos, mestizos, mamelucos y mulatos muestran las variadas caras del mestizaje iberoamericano, que también tuvo diferentes expresiones en las colonias inglesas. La presencia pujante de unos grupos y la marginalidad de otros, son constantes en las provincias del imperio español como en el Brasil dominado por Portugal y con numerosa presencia africana. Gary Nash subraya las especificidades hispánicas propias de las relaciones interraciales en Louisiana, a diferencia del rigor puritano de Nueva Inglaterra. Las explicaciones cuantitativas, basadas en la ruptura del equilibrio en la proporción de hombres y mujeres blancos, no son suficientes para justificar las variaciones, que parecen explicarse por la historia. También es interesante comprobar, una vez más y en diferentes latitudes, cómo en el siglo XVIII se generalizó el intento de "impermeabilizar" las fronteras étnicas, hasta ese momento tan permeables.

Aunque no constituye el objeto específico de las tres ponencias que forman el capítulo, queda latente el tema de la jerarquización social y de sus consecuencias a lo largo del periodo colonial, así como las consecuencias de la creciente complejidad de las "castas". La "calidad", como criterio de identificación, englobaba consideraciones de origen étnico y de posición social, a la vez que apreciaciones de orden económico y de prestigio profesional y familiar.

El segundo capítulo, "Naturaleza y medio ambiente", se refiere a las consecuencias ecológicas, económicas y de reorganización social derivadas de la introducción del pastoreo, de los nuevos cultivos y del enfrentamiento entre diversos conceptos de

territorialidad. El conjunto de los tres artículos de este apartado proporciona algo más que una “simple” historia ecológica. Se impone reflexionar cómo idénticas circunstancias producen resultados completamente diferentes, y tampoco se puede olvidar que el uso y el control de la naturaleza no pueden desligarse de los sistemas simbólicos en que se desarrollan. La trágica historia de bosques y praderas convertidos en desiertos no es una monótona secuencia de catástrofes, sino una inquietante dinámica con ritmos en ocasiones lentos y en otras acelerados y con procesos alternativos de prosperidad de minorías a cambio del empobrecimiento de gran parte de la población.

Como en la parábola del humanista Moro, en que las ovejas se comían a los hombres al despojarlos de sus tierras de cultivo, los rebaños de ganado lanar proporcionan el ejemplo más representativo de la ruina ecológica de muchas regiones americanas. Las reclamaciones de las comunidades ante la insuficiencia de tierras se basaban en un principio de economía moral según el cual los trabajadores no se conforman con tener una tierra “cansada”, como tampoco tienen suficiente con la posesión de la tierra si no se les da acceso a las fuentes de energía. Estos estudios ecológicos, que por su propia naturaleza se refieren a fenómenos de larga duración, muestran, sin embargo, cambios abruptos, explicables por influencias conjuntas de mecanismos económicos, ecológicos y de dominio político.

El capítulo “La colonización de los lenguajes” trata de las formas de interpretación de la realidad y del empleo de medios de comunicación basados en signos y convenciones. Serge Gruzinski reitera su brillante tesis de que los textos y las imágenes contribuyeron de manera decisiva a consolidar el dominio ibérico sobre el continente americano. Incluso las lenguas indígenas, una vez transcritas en caracteres latinos y encadenadas a las reglas de la lógica gramatical, quedaron en cierto modo sometidas al nuevo orden. Pronto fueron muchos los indios letrados que manifestaron su pasión por la escritura alfabética, en la que fundieron vestigios de su tradición literaria con los nuevos géneros y formas de expresión.

La técnica de la escritura no se introdujo en un vacío cultural, sino entre pueblos con un sentido estético propio, que pronto mostraron su capacidad para transferir a los nuevos lenguajes el simbolismo de sus imágenes y la trascendencia en la interpretación de tiempos y espacios. Los mosaicos de Mida como conjunto iconográfico, no como secuencia de líneas y trazos, proporcio-

nan un ejemplo de esa concepción del arte integrado en determinadas proporciones geométricas, sometidas a su vez a los cambios de perspectiva y de luz.

En series documentales de la época colonial, los escribanos indígenas mesoamericanos mostraron su apego a viejas estructuras retóricas con la apropiación de fórmulas y signos de la cultura europea. Incluso en las prácticas de chamanismo, consideradas reducto de la visión indígena, aparece de forma indudable la incorporación de elementos cristianos. Tanto Miller como Hanks subrayan el impacto de la imagen visual en relación con una nueva forma de comprensión de la realidad, y mencionan la transferencia de contenidos simbólicos en los textos escritos, mientras que Mignolo resalta la importancia de la nueva distribución del espacio.

Es interesante apreciar lo que podríamos considerar un replanteamiento del texto de Serge Gruzinski, cuando en 1988 advertía que, en el proceso de transmisión del bagaje tecnológico y cultural del occidente europeo, las imágenes, la escritura alfabética, las nuevas técnicas de trabajo y la vida urbana, habían sido mucho más eficaces que la coacción abierta. Al fin, el impulso determinante del cambio fue la fascinación ejercida por elementos de la civilización europea que los indios decidieron hacer suyos.

“El estado y las comunidades”, ya en la cuarta parte, expone las diferencias y semejanzas entre la concepción política del imperio español y la del británico, la vocación providencialista de la monarquía católica y la gestación de la república estadounidense.

“Modernidad y exclusión”, el quinto capítulo, se dedica a grupos marginales, principalmente formados por minorías étnicas y religiosas: moriscos, judíos españoles y conversos novohispanos. Los procesos de integración y exclusión de los indios estadounidenses, a partir de la mentalidad puritana, permiten incluir este tema en el mismo apartado, aunque es evidente que en los albores del siglo XVII faltaban muchos años para que los indios constituyeran una minoría numérica frente a la Nueva Inglaterra puritana.

El capítulo sexto y final confronta los estudios americanistas con los avances de la moderna antropología. Y éste es, a mi juicio, el punto de partida de todos los trabajos anteriores y la justificación de los temas seleccionados. Ya que contemplado desde América resultan ambiguos y etnocentristas los términos americanismo y americanistas, me simpatiza la afirmación de Godelier: “El hecho esencial es que, tras los aportes de los americanistas a

'la ciencia' se encuentra el aporte de los 'Americanos' al desarrollo de la 'Humanidad'".<sup>1</sup> De donde podemos deducir que antropólogos y americanistas no hablan de una diferente metodología o teoría de la historia, sino de la experiencia de trabajo en un ámbito que, en el caso americano, es rico en variedades étnicas, sociales, políticas y culturales, y que se presta al descubrimiento de complejas formas de convivencia y de organización. Parece evidente que, para los europeos, el americanismo conserva aún el tinte romántico del exotismo.

En la parte final, los textos que conforman el libro son valorados por los coordinadores y comentaristas con un interés decididamente preferente por sus aportaciones a la antropología, con referencias, ya en un plano inferior, a la historia, a la antropología política, a la ecología y a la semiótica, que a lo largo de estas páginas han proporcionado interesantes elementos de análisis.

En fin, la lectura de este libro es como una sabrosa conversación con brillantes intelectuales que contemplan diversos temas de los mundos americano y español, discuten entre sí y ofrecen nuevos puntos de vista sobre viejos y nuevos tópicos. Los temas son diversos, algunas ideas quedan apenas esbozadas y otras se repiten; alternan antropólogos, lingüistas, historiadores del arte, de la economía y de la política colonial, y ofrecen, quizá como el logro más prominente, la oportunidad de establecer comparaciones entre los mundos hispanoamericano, lusoamericano y angloamericano, tradicionalmente aislados entre sí. Por todo ello se puede afirmar que se trata de un libro importante y de una lectura recomendable.

Pilar GONZALBO  
*El Colegio de México*

Bernd HAUSBERGER: *La Nueva España y sus metales preciosos. La industria minera colonial a través de los libros de cargo y data de la Real Hacienda*. Frankfurt / Madrid: Berliner Lateinamerika-Forschungen, Iberoamericana, 1997.

El trabajo aquí reseñado pudiera ser descrito como un experimento, una exploración sin duda interesante de una fuente de

<sup>1</sup> Maurice Godelier, p. 689.